

Monólogo de un canalla

JOSÉ ÁNGEL BARRUECO



tomboaktu.com

www.facebook.com/tombbooktu

www.tombbooktu.blogspot.com

www.twitter.com/tombbooktu

#monologodeuncanalla

Colección: Tombooktu Terror
www.terror.tombooktu.com
www.tombooktu.com

Tombooktu es una marca de Ediciones Nowtilus:
www.nowtilus.com

Si eres escritor contacta con Tombooktu:
www.facebook.com/editortombooktu

Título: Monólogo de un canalla
Autor: © José Ángel Barrueco

Copyright de la presente edición © 2012 Ediciones Nowtilus S. L.
Doña Juana I de Castilla 44, 3º C, 28027 Madrid
www.nowtilus.com

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece pena de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ISBN Papel: 978-84-9967-381-3
ISBN Digital: 978-84-9967-382-0
Depósito Legal: M-16919-2012
Fecha de publicación: Mayo 2012

Impreso en España

Imprime:

Maquetación: www.taskforsome.com

A mis verdaderos amigos:
ellos sabrán reconocerse.

Canalla:

1. Persona despreciable, malvada.
2. Gente baja y de condición ruin.

Lo horrible es que los
humanos hemos inventado la crueldad.
José Saramago

La seguridad del pecado, o del error,
que trae consigo un acto cualquiera,
es frecuentemente la única fuerza invencible
que nos impulsa, y nos mueve sola a ejecutarlo.
Tal tendencia obsesiva de hacer el mal por el mal mismo,
no admitirá análisis ni resolución alguna en ulteriores elementos.
Es un movimiento radical, primitivo, elemental.
Edgar Allan Poe

¿Qué sentimientos e inquietudes alberga el núcleo del alma de un hombre sometido al designio de sus propias razones cuando las leyes de la sociedad y la injusticia del pueblo desacatan y contradicen esos motivos y los adaptan a su conveniencia para humillar y someter a un distinguido, a un ciudadano a quien se le imputan una serie de horrores que su misma conciencia dicta como naturales y son ejecutados como actos lógicos? Muchos hombres de genio han respondido a esta pregunta con mayores causas y argumentos en su contra, y su condición y habilidad para la oratoria eran, como mínimo, superiores a las de este mártir de los tiempos que corren. Y es lo que me gustaría que pudieses oír, Verónica, si te encontrases dentro de mi cerebro y pudieses escuchar los latidos de mi pesadumbre, aunque desconozco si tengo esa respuesta, pero puedo ofrecer algunos hechos, en honor a aquellos años en los que consolidamos nuestro amor, un amor que jamás morirá aunque deba arrastrarte a la oscuridad de una tumba y hacértelo jurar ante los cielos. Sí, yo sufrí un desengaño que afirmaron me llevó a la locura, sumido en estados de excitación que tú, en los albores de nuestro vínculo, ya alegabas como fragmentos de una personalidad abrumada por el peso de su propio ego, como porciones náufragas de un puzle que era mi cerebro, y que, ni aun unidas para conformar el rompecabezas, aseguraste, podrían dar coherencia al caos que se encerraba bajo mi piel y mis huesos, bajo esa carne que acariciabas con el ansia del que se aferra a los despojos arrojados por la borrasca para obtener su salvación. Mas no pienses que te guardo rencores ni que me veo atacado en este lecho por los accesos que provoca la picadura mortal de la rabia, que no siento sino en los minutos en que tu figura, despojada de atavíos, se me presenta entre los pliegues de las sábanas como el cenit de mis esfuerzos y sacrificios para contigo y quienes nos rodearon alguna vez. Ah, qué lejanos se me antojan esos espacios de tiempo, y no ha transcurrido ni una docena de días —o una docena de años, no lo sé con certeza— desde que me privaron de tu belleza, desde que una prole de gusanos furibundos declararon que era este mi papel, desde que cometí labores de justicia para enmendar —esto es imperdonable que lo rechaces— nuestra situación, abocada a la deriva en los últimos tiempos, por los caprichos y errores de tu vanidad, que siempre censuré, y a los que

traté de poner un freno porque la hembra sin trabazones persiste en encumbrar su identidad hasta que el macho alcanza un estadio de humillación que le empareja con los esclavos, las bestias y los miserables. Así pues, esta filosofía de la vida, mi camino mental construido con tesón, es lo que siempre quise hacerte comprender, aun a riesgo de ganar el desprecio que, en ocasiones, manifestabas, incurriendo en desplantes, en huidas interiores que ni el dorso de mi mano derecha, tan recia, era capaz de enmendar. Jamás fui uno de esos engréidos a los que sus mujeres denunciaban en los programas basura, esos cerriles y mentecatos sin otro objetivo en su pobre existencia que jugar al boxeo con los lomos de sus parejas, y de esa forma asegurarse una parcela de celebridad ante las cámaras, culpables unas y otros: de desfachatez, de exhibicionismo barato y cuantas acusaciones quieran atribuírseles. Lo nuestro fue distinto, pese a tu empeño en situarme siempre, mediante gritos y un vocerío digno del dueño de un animal de carga, en esa categoría a la que, por derecho propio, nunca pertenecí. Sí, lo nuestro era diferente de esa palabrería vana y exclusiva de un mercader de segunda fila que tragabas frente a un televisor, mientras la ira consumía mis nervios, en un estado de angustia que, estoy seguro, querías provocar, porque sabías que la incitación es el motor de la violencia, según se trate de una provocación sensual para obtener el furor del sexo de un hombre dispuesto a saciar sus deseos carnales, o una provocación que suscite la cólera del más endeble o menos capaz de romper el límite de su paciencia. Controlabas ambos tipos de desafío, como si tú misma fueses la dueña de un teatro en el que decidías, sin consejeros, el género que anhelas que se representase ante ti, y del cual formabas parte, no lo olvidemos, por el regocijo de ver colmada la sed de venganza que te había secado el corazón. Podría ahora resumir, con la brevedad que permita mi pensamiento ya extenuado, los instantes polémicos que fueron la semilla de nuestra decadencia, y asignar a cada uno de ellos el matiz que le corresponda, como sistema para garantizar que algunas cuestiones no se vinieron abajo por mi culpa, a pesar de tu terquedad en cada ocasión propicia para emitir opiniones contrarias a mis intereses, pero es que, Verónica, esos eventos están perjudicados por una bruma de pareceres y de puntos de vista que empañan la razón de quien los juzga, y permite que te recuerde que nunca fuiste un árbitro o un juez eficaz e imparcial, que es lo que requerían las circunstancias, y que mis dictámenes, por el contrario, eran los acertados, quizá debido a mi superioridad cultural sobre tu persona, y esto sin obviar ni empañar todos los méritos que me rindieron a tus pies. En definitiva, carecías de eso que llaman sindéresis y que es una capacidad para la que siempre estuve facultado, sin ánimo de colocar mi figura en un pedestal ni ponerme

medallas. Sin más prolegómenos, se me ocurre ahora una anécdota que tal vez hayas olvidado, pero a la que asigné especial importancia en nuestro matrimonio. Ocurrió tan sólo hace un año, creo, pero ya pareció sentar las bases de tu actitud posterior, y por la cual estoy enfrascado en esta situación desagradable, y quizá sin este incidente no habría sospechado que tu comportamiento era más y más ruinoso y decepcionante con cada nuevo amanecer. Estábamos en una cafetería de moda, un poco arrepentidos y responsables de nuestras anteriores peleas y discusiones, y salimos a las calles con el alborozo de una pareja de adolescentes en pleno principio de noviazgo, para festejar con unas cervezas nuestra renuncia al tedio y a la batalla diaria que nos iba consumiendo. Recuerdo que las mesas del local se encontraban atestadas de gente que no valía ni la mitad de uno de tus dedos, una multitud de ciudadanos que rondaba nuestra edad, y a quienes los grados de sus consumiciones alcohólicas los enfervorizaba, armando una vocinglera a la que mi estado de ánimo era ajeno, pues no había sido mi intención inicial visitar semejante garito, dada la tranquilidad que mis nervios —y los tuyos, no lo olvidemos— necesitaban, y mi cabeza sufría los estertores del entrechocar de copas y las risas que soltaban esos idiotas, pero procuraba fijarme en tu nuevo modelo y las curvas que este ensalzaba y concentrarme en esta imagen y en mi bebida. Quería un tipo de distracción en el que no hubiese estúpidos mosconeando a unos metros de mí, ya entiendes, los que siguen un patrón determinado: odio las actitudes típicas y ciertos costumbrismos. Estábamos sentados frente a frente, y procurabas sonreír mientras ambos fumábamos sin respiro, y en mitad de la conversación sentí ciertos retortijones en el estómago que me indicaron que debía acudir a la lectura de una pequeña carta en la que se detallaban las tapas, los bocadillos, las raciones, los vinos y los refrescos y sus correspondientes precios, para escoger algo apropiado pero no demasiado fuerte para aquellas horas, y mientras consultaba dicha lista que un camarero servicial me proporcionó, ensimismado en lo que a mi apetito podría antojársele, me sorprendió tu silencio y la falta de movimientos en los brazos, que ya anticipaba con el rabillo de mis agudos ojos y, con cierta suspicacia por tu distracción, alcé ambas pupilas sin levantar sospechas, para comprobar por mí mismo la causa del entretenimiento en el que te recreabas, cuál sería mi sorpresa al descubrir, entre el rebaño de cretinos que deambulaban por el local, a uno de esos efebos de anuncio que tanto gustan a las mujeres, que aparecen en publicaciones y postales con una melena moldeada por una borrachera de laca, quemada por los rizos, con una pose de bisexual que vende carnaza al mejor postor, la clase de persona que se presentaría a un concurso de Mister Paquete Torero, que desayuna agua mineral sin gas y juega en la playa al voleibol para fardar ante las

chicas jóvenes, que en los seriales aparece como el apuesto triunfador que la cartera de sus papás ha forjado, y que te guiñaba un párpado con tanta insolencia como su chulería le permitía. Y tú le estabas mirando. Dos estudiados actos me sirvieron para zanjar la situación tan incómoda, repugnante y vergonzosa, y el primero consistió en apagar el cigarrillo al mismo tiempo que le clavaba dos ojos marrones al mequetrefe como si fueran sendas balas de plata, y el titubeo al que respondió, largándose deprisa al rincón más alejado de la cafetería, fue el aviso que recibiste de que me había percatado del coqueteo; el segundo resultó de una sencillez apabullante, al llevar esa mirada al centro de tus ojos, con una frialdad ensayada ante el espejo, que solía amilanar a cretinos como el mencionado, pero, en aquella ocasión especial, la furia que emanaba de mis globos oculares te causó mayor terror que nunca. No pudiste sostenerlos ni un segundo sin que las manos comenzaran un temblor que fue adivinado por los clientes cercanos a nuestra mesa, ora agarrando el encendedor, ora rascando la etiqueta de tu botella, los largos dedos inquietos y mostrando su desasosiego, los anillos reflejando esporádicamente las luces del local como las ráfagas de un faro nos deslumbran con cada uno de sus giros. Creo que transcurrieron diez minutos en los que apenas llegué a rebajarme al parpadeo, siendo esa la duración de tu castigo, porque yo era indiferente a las súplicas de que te hablara o mudase el análisis helado y propio de asesino con el que te retaba, diez minutos en los que me regocijé en tu sufrimiento, que tuvo su culminación en un llanto silencioso, lágrimas de miedo que colocaron tu conciencia al borde del desmayo. Hay un gozo secreto en humillar públicamente a una mujer, más si ella te ama; es un sentimiento cercano al de cualquier persona que se regodea en un vicio, y lo necesita y suspira por su consumación. Cuando consideré que había sido suficiente —pero nunca es bastante—, bebí el último trago y solté alguna frase con voz ronca del estilo a «No vuelvas a hacerlo» para que supieses, aunque supongo que entonces lo adivinabas, que esas serían mis únicas palabras hasta que el nuevo día irrumpiese en nuestras vidas. Era como una prolongación del castigo, porque no podía ceder a la piedad. Al levantarme para pagar, reparé en que varios individuos te miraban con un asomo de compasión y curiosidad, que disimularon con prontitud en cuanto disparé las pupilas a sus caras hastiadas y fofas, tuve que contener mi furia, por el cielo que lo hice, no imaginarias hasta qué punto y de qué manera tan crispada traté de reprimir cuatro impulsos para no doblegar sus cabezas y estrujarlas allí mismo, contra la madera sobre la que se amontonaban sus bebidas, no soñarías jamás, por mucho que creas conocerme, las ansias reprimidas de violencia genuina que me apretaron las sienes, como si un enemigo estrangulara mi cabeza y no pudiese defenderme por estar